

Educación para la Muerte

Por José Luis Marqués Utrillas

Nos suena tan mal la palabra "muerte" que hemos querido borrarla casi de nuestras conversaciones e incluso de nuestras ciudades. Se ha convertido en un tabú del que nos da reparo hablar, cuando en realidad es un hecho tan importante, se podría decir que el más importante de nuestras vidas.

Los filósofos existencialistas, aun aceptando la temporalidad de la vida humana, valoraban la muerte como su momento culmen. Según Heidegger, el hombre es "un ser para la muerte", y ésta se revela como nuestra posibilidad más auténtica. A nuestra manera, podemos imaginar que la muerte es el final de nuestra actuación; lo importante es cómo hemos representado nuestro papel en el gran teatro del mundo, al que se refería Calderón en su drama.

Tanto si se cree en la pervivencia futura como si no, es importante educar a los niños para que asuman la muerte como un hecho cotidiano y universal. Se les transmite conocimientos que la humanidad ha ido acumulando durante miles de años, se les prepara adecuadamente para ejercer una profesión, para manejar un ordenador o un coche, se les informa sobre la sexualidad, el control de la natalidad, los problemas sociales y ecológicos. En cambio, no se trata con la misma naturalidad el hecho ineludible de la muerte, porque también los adultos lo temen y prefieren hablar lo menos posible de ella. No les ayuda nada mantenerlos ignorantes de la enfermedad, del dolor y de la muerte, como intentaron los padres de Buda encerrándolo en su palacio. La muerte del canario o del gato casero, un perro atropellado en la carretera o una golondrina exhausta en el parque pueden ser ocasiones para hablar de un hecho que nos vamos a encontrar repetidamente en nuestra vida. Tarde o temprano ocurre la muerte de un abuelo o familiar querido, la de los padres o la propia y nos coge desprevenidos, como si nunca hubiéramos contado con ella.

Los sentimientos ante la muerte difieren de unos pueblos a otros. Se hereda un temperamento, que puede ser reservado o emotivo, y a la vez se imitan las reacciones que hemos visto en situaciones semejantes. Unas personas se hunden en el mutismo y la depresión, mientras otras explotan en gritos y sollozos. El luto y otras muestras de duelo han perdurado de muchas maneras en los pueblos y sólo la cultura moderna los va reduciendo a lo mínimo.

En cambio, los gitanos procedentes del norte de la India mantienen sus costumbres tradicionales de expresar el dolor por sus muertos, a los que tanto veneran: los acompañan en el último adiós con grandes llantos y palabras exaltadas de amor hacia el difunto; se visten de negro riguroso durante meses o años; evitan la música y las distracciones; los hay que pasan días sin comer apenas ni lavarse, e incluso duermen todos juntos en el suelo, reviviendo antiguas tradiciones.

En algunas culturas ha sido usual golpearse el pecho o la cabeza, desgarrarse los vestidos o herirse la cara en señal de duelo. El caso más extremo se ha dado en la India, donde la viuda se dejaba quemar en la misma pira que el cadáver de su esposo, imitando lo que se cree que hizo Sati, la esposa de Siva.

Los occidentales, por regla general, solemos ser más calmados. Pero si nuestra reacción ante la muerte es de miedo y angustia, no dejaremos de transmitirla a nuestros hijos. Una actitud madura puede incluir la tristeza más profunda por la separación del ser querido, a la vez que una aceptación serena y el convencimiento de que la persona fallecida ha dejado de sufrir.

La actitud de los niños ante la muerte será un reflejo de la que tengan los mayores. Incluso comprenden fácilmente que ellos se preparan para vivir esta vida, mientras los mayores nos preparamos ya más para la otra. Acaban de entrar en el escenario y tienen que estudiar, fortalecer sus cuerpos y adiestrarse para trabajar y formar una familia. Los mayores estamos inmersos en esas y otras muchas tareas sociales, políticas o culturales, pero no nos preparamos bien para las siguientes etapas: la jubilación y la muerte. Para ésta deberíamos estar preparados en cualquier momento. Según un hadith o dicho de Muhammad, debemos trabajar en esta vida como si fuéramos a vivir siempre y estar preparados para la otra como si fuéramos a morir mañana mismo.

Cuanto más avanzan los años la probabilidad de morir es mayor y la etapa inminente está del otro lado. Lo lógico sería que los ancianos se prepararan para morir con la misma ilusión con que de jóvenes se prepararon para el examen final de los estudios, la boda o el primer trabajo. El instinto natural, no compensado con una madurez espiritual o al menos humana, hace que los ancianos de nuestra cultura se agarren desesperadamente a la vida. Los familiares, por compasión y por miedo a perderlos, no aceptan esa posibilidad, que en realidad es un hecho próximo ineludible.

Ocurre igual que con los enfermos irreversibles. Es bueno mantener la esperanza de una curación si está fundada, y esa misma actitud positiva la favorece. Pero hay otros casos en que no es justo negarse a aceptar que el enfermo o el anciano va a morir pronto. Se pone todo el esfuerzo en tratamientos médicos, se les interna aislándolos de su entorno más querido, a menudo innecesariamente.

Se les oculta la verdad y no se les permite aprovechar los últimos días o meses de su vida para lo más urgente: vivirlos con intensidad, despedirse con plena conciencia de los familiares y amigos, dejar la herencia y demás asuntos personales concluidos y prepararse con entereza para el acto final que corona su vida.

Bahá'u'lláh ordenó a sus seguidores escribir un testamento. Todo adulto debería considerarlo como una obligación moral y una atención hacia sus allegados. En previsión de cualquier accidente o muerte repentina, se debe informar a los familiares (o amigos) de todo lo que pueda serles útil, llegado el caso: pólizas de seguro, títulos de propiedad, deudas pendientes, cómo disponer de su cuerpo y otros asuntos. A la desolación de la pérdida se añaden otras preocupaciones que pueden facilitarse si se han previsto y hablado con tranquilidad mucho antes.

El testamento ante notario, una carta autógrafa cerrada o incluso una cinta grabada, pueden servir para expresar a los que quedan todo lo que uno hubiera querido decirles: su sentido de la vida, el cariño que les tiene, palabras de consuelo, consejos... No hace falta esperar a ser un anciano o a tener una grave enfermedad para prever esa última despedida hacia un viaje que todos vamos a hacer.

Sin fe o con ella ha habido muchísimos ejemplos de cómo afrontar una muerte con dignidad humana. Baste recordar a Sócrates y Séneca entre los antiguos, y entre los más recientes el ejemplo maravilloso del doctor Vallejo Nájera, que aprovechó sus últimas semanas para mostrar públicamente su fe en la otra vida y dejar su testimonio en el libro: **La Puerta de la Esperanza**.

Los que creen que la muerte no es el fin de todo, sino el segundo y definitivo nacimiento, encontrarán en el siguiente texto un programa completo para la vida:

"Al principio de su vida humana el hombre era embriónico en el mundo de la matriz. Allí recibió la capacidad y las dotes para la realidad de la existencia humana.

Por eso en este mundo él debe prepararse para la vida futura. Todo aquello que va a necesitar en el mundo del Reino lo debe obtener aquí. Así como se preparó en el mundo de la matriz adquiriendo las fuerzas necesarias para esta esfera de la existencia, de igual manera las fuerzas indispensables para la existencia divina deben obtenerse potencialmente en este mundo.

¿Qué podrá necesitar en el Reino que trasciende la vida y las limitaciones de esta esfera mortal? Esa vida futura es una vida de santidad y brillo; por consiguiente, es necesario que él adquiera en este mundo esos atributos divinos. En esa vida hay necesidad de espiritualidad, fe, seguridad, conocimiento y amor de Dios. Éstos los debe obtener en este mundo para que, cuando ascienda del

mundo terrenal al celestial, encuentre ya listo todo lo que sea necesario para esa vida eterna.

El mundo divino es claramente un mundo de luminarias; por eso el hombre necesita la iluminación aquí. Aquél es un mundo de amor; el amor de Dios es esencial. Es un mundo de perfecciones; las virtudes y perfecciones deben ser adquiridas aquí. Ese mundo es vivificado por el Espíritu Santo; en este mundo tenemos que buscarlo. Aquél es el Reino de la Vida Eterna y debe ser adquirido durante la existencia que se desvanece.

¿Por qué medios puede el hombre adquirir tales cosas? ¿Cómo podrá adquirir estos misericordiosos dones y poderes? Primero, por medio del conocimiento de Dios. Segundo, por medio del amor de Dios. Tercero, por medio de la fe. Cuarto, por medio de las obras de caridad. Quinto, sacrificándose. Sexto, por el desprendimiento de este mundo. Séptimo, por medio de la santidad y la beatitud. Si él no adquiere estas fuerzas y no se atiene a estos requisitos, sin duda perderá el derecho a esa vida* que es eterna. Pero si posee el conocimiento de Dios, si llega a ser la causa de amor en la humanidad y vive en el estado más perfecto de santidad y beatitud, obtendrá sin duda el segundo nacimiento, será bautizado por el Espíritu Santo y gozará de la vida eterna."¹

A 'Abdu'l-Bahá, que había pasado casi toda su vida como prisionero o desterrado, alguien le preguntó cómo se debe esperar la muerte. Su respuesta fue breve y expresiva:

"¿De qué forma se espera el fin de cualquier viaje? Con esperanza y expectación. Esto es igual con el final de este viaje terrenal. En el otro mundo el hombre se encontrará libre de muchas de las preocupaciones que le hacen sufrir ahora."²

1. 'Abdu'l-Bahá, **La Proclamación de la Paz Universal**, citado en **El Divino Arte de Vivir**, cap. II.

2. Ibídem, pág.63.

* Esta es tan sólo una expresión metafórica que no debe ser tomada literalmente como una alusión al concepto tradicional del infierno como un lugar de tormentos perpetuos, pues 'Abdu'l-Bahá mismo explica que **"el hombre también es capaz de continuar perfeccionándose después de dejar este mundo"**.

Los bahá'ís no creemos en la condenación eterna.

http://bahailibrary.com/?file=abdulbaha_contestacion_unas_preguntas

Fuente: Marqués, JL (1995) **Naceremos Para Siempre**. La otra vida a la luz de la Revelación de Bahá'u'lláh. Editorial Bahá'í de España, págs. 196-201.